

ALFAGUARA


Yan Geling

La novena viuda

Traducción de Nuria Pitarque

1.

Todas ellas quedaron viudas aquella noche del verano de 1944. A partir de entonces en el pueblo de Shitun hubo nueve viudas en plena flor de la vida. La de más edad no pasaba de los veinte años y la más joven, llamada Wang Putao, tan sólo tenía catorce. Con el tiempo, fueron conocidas como «las viudas heroicas». Todas excepto Putao. Tras la cosecha de trigo y mijo de cada año, la gente del pueblo lograba juntar varios kilos para repartirlos entre las viudas. Entre todas excepto Putao. Cuando más adelante el gobierno se encargó de buscar una familia respetable para aquellas jóvenes, a Putao le tocó seguir calentando en soledad la cama en la que dormía.

Al atardecer de aquel día de verano el pueblo entero se había reunido para ver la competición de columpios entre un grupo de jóvenes y la anciana Wei, que a sus setenta años seguía aceptando aquel desafío anual. Como sus pequeños pies vendados no le permitían mantenerse de pie, se sostenía con las rodillas sobre la tabla y era capaz, en un arrebato de locura, de hacer un giro completo dibujando un círculo perfecto con la cuerda del columpio. Se oyeron los primeros disparos justo en el momento en que a la anciana Wei se le había levantado en pleno giro la falda, cubriéndole el cuerpo y la cara. Los gritos aún no habían salido completamente de las bocas asustadas de la gente cuando la anciana Wei ya había caído ante ellos hecha un guiñapo de carne y sangre. Nadie se paró a comprobar si seguía respirando. En un abrir y cerrar de ojos la calle quedó desierta y sólo la falda de seda de la anciana Wei se movía agitada por el viento.

Si Putao hubiera participado aquel día, quizá la anciana Wei habría podido seguir compitiendo en los columpios unos años más. Cuando Putao aparecía por allí se adueñaba del columpio haciendo que la anciana Wei se enfureciese y no

parase de maldecirla desde abajo. Putao no habría caído de esa manera, no habría quedado convertida en aquel amasijo de carne y sangre. No había en este mundo nada que pudiera perturbarla. Cuando oía a la gente decir que centenares de miles de soldados de la República China habían sido derrotados por los diablos japoneses* y que la ciudad de Luoyang había sucumbido ante el enemigo, ella murmuraba:

—Sucumbido —mientras pensaba que la palabra *sucumbir* le sonaba a algo que venía de fuera, de algún lugar más grande.

Aquel día Putao había ido a saldar las deudas de su suegro. A su suegro le impresionaba su testarudez. Cuando alguien no quería pagar, ella no cesaba hasta conseguirlo. Se encaramaba al muro de la casa de los deudores y allí permanecía sentada sin quitarles la vista de encima mientras en el patio la familia trituraba el grano en el molino, encendía el fuego y cocinaba. Había veces que se quedaba desde el amanecer hasta el anochecer. Dentro del patio ya habían hecho las tres comidas del día, pero ella seguía allí subida.

—¿No tienes hambre? —le preguntaban.

—Mucha —contestaba.

Si alguien la invitaba a que bajara y tomara un poco de sopa, ella le contestaba:

—Padre dice que si se acepta un favor, luego no se cobra la deuda.

—Pero si sólo le debemos el dinero de un litro de aceite para la lámpara.

—Si cada casa nos debiera un litro, mi familia no tendría ni para un tazón de sopa.

El suegro de Putao se llamaba Sun Huaiqing. Era el segundo hermano de una de las grandes familias de Shitun. Poseía más de cincuenta *mu*** de tierra y una tienda en la que se vendían todo tipo de artículos en la parte delantera y en cuya trastienda se hacían tortas, salsa de soja y vinagre. Solían venir

* Los invasores japoneses eran llamados despectivamente 鬼子 *guizi*, término compuesto por la palabra *gui*, que literalmente significa «diablo». (N. de la T.)

** 亩 *mi*, área equivalente a 0,0667 hectáreas. (N. de la T.)

a la tienda de Sun desde los cincuenta pueblos de alrededor para vender sésamo, nueces, soja y comprar queroseno, barniz natural, píldoras y jarabe de «diez gotas» para las indisposiciones del verano. La salsa de soja y las tortas para fiestas, bodas y funerales se encargaban siempre en la tienda de Sun. Antes de la siega, Sun solía fiar a todos los que entonces no tenían dinero contante y sonante. Una parte de la deuda se pagaba con la cosecha de verano y el resto, con la de otoño. Cuando la cosecha de otoño ya estaba a punto de secarse y aún había quien le debía dinero, Sun Huaiqing enviaba a su hijo a reclamar la deuda. Pero a Sun Huaiqing le disgustaba la apatía de su hijo, que, tras pasar varios días fuera, regresaba sin haber cobrado nada. Si le volvía a enviar, fingía tener dolor de cabeza y fiebre. Entonces Putao se ofrecía a ir y por la noche regresaba cargada de dinero. A la gente del pueblo le gustaba rumorear y comentaba cómo Sun Huaiqing había perdido las maneras con la edad. ¡Dónde se había visto que una joven nuera osara salir del pueblo! Pero Sun hacía como que no se enteraba.

Al subir la colina del lado de Weipo, Putao oyó el sonido de los disparos. Los pueblos de Weipo y Shitun estaban separados por una colina en cuya parte alta la tierra formaba un paisaje extraño de abruptos precipicios donde no crecía ningún árbol, tan sólo unos arbustos que salían horizontales desde las paredes. Estos arbustos tapaban el camino serpenteante de manera que hasta que no los rodeabas no te topabas de cara con quien venía caminando en el otro sentido. Putao se detuvo al ver cómo los gorriones oscurecían el cielo espantados por el ruido de los disparos. La noche anterior había llegado a las calles del pueblo desde las montañas un grupo de *laoba** en busca de alimentos. Al día siguiente por la tarde, se disponían a regresar a las montañas con un buen acopio de víveres cuando se encontraron en el camino a dos soldados japoneses que estaban instalando las líneas de teléfono, y los mataron. No se dieron cuenta de que quedaba

* 老八 *lǎobā*, Nombre chino para los soldados del Octavo Ejército en Ruta, uno de los ejércitos comunistas chinos que se unió al Ejército Nacional Revolucionario del Kuomintang para combatir conjuntamente la invasión japonesa entre 1937 y 1945. (N. de la T.)

uno encaramado al poste, que no tardó en avisar por teléfono al campamento japonés. Mientras los vecinos de Shitun disfrutaban en la calle del espectáculo de columpios, un destacamento de soldados japoneses rodeó el pueblo, y todos los caminos principales y las pequeñas sendas quedaron cerrados.

Putao bajó de nuevo la mirada y vio la sombra de alguien que apareció por el lado del precipicio. Era un muchacho vestido con uniforme amarillo, más joven que su marido, Tienao, y que aún no se había afeitado nunca la pelusa negra que le cubría el labio superior. Era uno de los diablos japoneses. En los siete u ocho años que llevaban en guerra, era la primera vez que se encontraba cara a cara y cruzaba la mirada con uno de ellos. El joven soldado le dijo algo mientras le indicaba con un movimiento de la bayoneta que se apartara, pero ella no le entendió y simplemente se quedó mirándole. Él avanzó medio paso, cruzó la bayoneta y empujó la culata para indicarle que retrocediera. Tenía cara de pocos amigos y hasta enseñaba los dientes, unos dientes muy blancos. Putao dio un paso atrás.

Él siguió avanzando sin dejar de empujar la culata.

Putao entendió entonces que la estaba echando de allí y que no la dejaría regresar a Shitun. Se puso nerviosa y, olvidando que el soldado no podía entenderla, le gritó:

—Tengo que volver a casa a hacer la comida.

El japonés le respondió algo en un tono muy poco amistoso. Entonces Putao hizo como que sostenía un tazón de sopa y lo sorbía ruidosamente. El soldado entendió, bajó el arma y haciendo un gesto con la cabeza le permitió pasar. Todavía no había descendido la colina cuando vio a los diablos japoneses, que estaban por todas partes, llevando a la gente del pueblo hacia la explanada, donde aún se levantaba el escenario que habían instalado para las celebraciones por la cosecha de verano.

Entre las mujeres de la multitud, sólo estaban las casadas. A las hijas las habían escondido bajo los molinos de las casas o dentro de los pozos, en los mismos lugares en los que escondían también los cereales.

Putao y el resto de mujeres y ancianas del pueblo permanecieron de pie a un lado de la explanada, y todos los hom-

bres al otro. Apostados a los cuatro lados de la plaza, unos cien o doscientos japoneses sudando de pies a cabeza mostraban las bayonetas montadas en sus fusiles. Tan sólo a unos pasos de distancia, la gente sentía cómo la sangre se agolpaba en su nuca, adonde apuntaban ahora las bocas de los fusiles.

El marido de Putao, Tienao, al igual que los otros hombres, estaba en cuclillas con las dos manos atadas por detrás de la cabeza. Los habían ligado por los pies en grupos de cuatro o cinco con un cable del grosor de un dedo gordo. A Putao le recordaron las ranas asadas ensartadas que vendían en el mercado.

Veinte pasos separaban a los hombres de las mujeres. Entre ellos caminaban dos oficiales, uno llevaba un sable y otro una pistola. Caminaban de un lado a otro, a paso ni rápido ni lento, coordinando su marcha como si se hubieran puesto de acuerdo. En el rato que se pasaron así, consiguieron que los hombres y las mujeres perdieran todo su valor y su ánimo.

De repente, el que llevaba el sable se detuvo cogiendo desprevenido al que llevaba la pistola, que ya se había adelantado un paso y que, con un movimiento rápido de piernas, volvió hacia atrás juntando las rodillas. El del sable le susurró algo en un tono tan suave que nadie pudo oírlo. Entonces el de la pistola gritó a pleno pulmón:

—¡Vecinos, vecinas!

Aquel tipo resultó ser chino. La gente del pueblo no sabía que existía la profesión de intérprete y para sus adentros lo tomaron como «el que descifra la lengua de los invasores». A medida que les fue traduciendo, fueron comprendiendo la situación: entre los centenares de personas que había en la plaza, una decena de ellos eran los *laoba* que habían asesinado a los soldados del ejército imperial japonés.

—Asesinasteis a nuestros soldados mientras montaban las líneas de teléfono. ¿Acaso un pueblo honrado puede dejar escapar impunemente a los asesinos? ¡No!

Siguieron escuchando sus palabras con la mirada baja y las piernas temblorosas. Los japoneses pidieron a las mujeres que identificaran a sus maridos, pero todas permanecieron in-

móviles, sin ni siquiera atreverse a respirar. No hacía falta mirarlos a la cara. Sólo con mirar sus pies ya se podía saber quién era quién. Aquella decena de guerrilleros tenía la piel más blanca que la de sus maridos porque descansaban de día y sólo de noche salían de misión. Tampoco estaban tan saludables como sus maridos porque comían mal, a veces mucho y otras veces nada. Las mujeres ancianas identificaron a los hombres de más de cincuenta y sesenta años.

En la plaza sólo quedaron los más jóvenes. Una de las jóvenes esposas se levantó y con la cabeza baja se dirigió sin mostrar expresión alguna hacia los hombres. Se llamaba Cai Hupo y había llegado al pueblo para casarse hacía dos años. Cuando estaba embarazada de su primer hijo, un día mientras sacaba agua del pozo, la manivela se le escapó de las manos y, al girar sin control, la golpeó y le hizo perder el niño de seis meses que llevaba dentro. Tras el segundo embarazo dio a luz a una niña y desde entonces sus suegros la enviaban a hacer girar el molino sustituyendo a los animales, que descansaban y pastaban cada día en los campos. Avanzó cinco o seis pasos, se detuvo y le dio a su suegra la niña que llevaba en brazos. Entonces levantó la cabeza. Los hombres nunca habían podido ver cómo eran sus ojos. Los llevaba siempre escondidos tras su timidez, su pudor y unos párpados gruesos y rosados. Esta vez los hombres pudieron ver aquellos ojos negros y brillantes como las piezas de cristal que se colocaban sobre el tablero de porcelana blanca del juego del *go*, unos ojos redondos y hermosos. Paseó su mirada sobre ellos y luego la volvió a esconder tras sus párpados. Apurando el paso dejó atrás la primera fila de hombres y pasó de largo sin mirar a la cara de su marido. Con la cabeza aún gacha, agarró de la mano a un *laoba* y se lo llevó.

El intérprete se dio cuenta de que aquel hombre había tratado de soltarse de la mano de la mujer, pero no dijo nada. Aquello no era asunto suyo. Cuantos menos problemas, mejor, porque, en cuanto todo eso acabara, podría volver a su casa en la ciudad. Cai Hupo condujo al guerrillero hasta la parte sur de la explanada, su mirada negra y su cara hundidas en el

hombro de aquel hombre. Así fueron salvados uno a uno los ocho *laoba*. Una de las suegras escupió al suelo. Su nuera traía de vuelta a uno de los *laoba* dejando en su lugar a su propio hijo para que muriera como chivo expiatorio. Deseaba poder maldecirla a gritos allí mismo.

Ahora fue Putao la que se acercó al grupo. Dio un paso y enseguida vio a Tienao en cuclillas al final de la primera fila. Estaba totalmente doblado, con el cuerpo prácticamente pegado a sus piernas y las manos todavía atadas por detrás de la cabeza. Se notaba que estaba pasando por un infierno. Levantó los ojos hacia Putao pero enseguida volvió a agachar la cabeza. Estaba seguro de que Putao aprovecharía para descargar su rabia contra él. En estos años nunca se había preocupado de ella y no había dejado de fastidiarla con sus burlas. Hoy por fin Putao podría liberar todo su odio eligiendo a un *laoba* en su lugar. Ni siquiera le había dedicado un buen gesto cuando dos meses antes habían consumado su matrimonio. Para Tienao, su mayor deshonra tenía nombre y apellido: se llamaba Wang Putao. Ahora Putao podía mostrarle su desprecio.

Putao se fue acercando lentamente, o quizás era la propia ansiedad de la gente la que les hacía sentir que caminaba despacio. Vista desde atrás, Putao parecía todavía una niña, excepto por su altura. El día de su boda, los Sun levantaron en sus propiedades diez grandes carpas de tela nueva azul hilada a mano y decorada con nudos clásicos llamados «ojos de pimienta». Para los festejos montaron tres hornos de piedra en el patio en los que dos maestros cocineros y un maestro artesano de panecillos de sésamo venidos desde Luoyang se encargaron de preparar comida para los invitados desde el mediodía hasta la noche. Pidieron prestadas todas las banquetas y las mesas del pueblo y, como ni aun así eran suficientes, antes del banquete tuvieron que ir a pedir los bancos de la escuela. Putao no tenía familia. Había llegado a Shitun junto con otros refugiados escapando de las inundaciones del río Amarillo. Hasta el mismo día de la boda, nadie en el pueblo había prestado demasiada atención a aquella niña que había comprado Sun Huaiqing hacía ya algunos años. Subida en el palanquín, Putao fue llevada

a hacer la ronda nupcial por el pueblo. El tío de Tienao encabezaba la comitiva a lomos de un caballo enjaezado con telas rojas. Tras él, una parte de los hombres de la familia Sun se encargaba de mantener en equilibrio el palanquín, otra parte de protegerlo y el resto de cargar con los pollos que iban a ser sacrificados y de ir extendiendo las alfombras rojas al paso de la silla. La boda de Putao se festejó por todo lo alto, sin tener nada que envidiar a ninguna de las celebradas por las mejores familias. Cuando el palanquín paró y se alzó la cortina, Putao descendió ante la mirada de toda la gente del pueblo, que vio con asombro que no sólo no llevaba el velo rojo de novia, sino que además se había cubierto los ojos con unas gafas oscuras. Ni siquiera se había recogido el pelo en un moño. En su lugar, dos rizos le caían sobre los lóbulos de las orejas y un tocado de terciopelo rojo coronaba su cabeza. Uno del pueblo que había viajado a Xi'an y Zhengzhou comentó que aquello era lo que estaba ahora de moda entre las novias en Shanghái. ¿Cubrirse la cabeza para qué? En las grandes ciudades los novios antes de casarse ya conocían mucho más que sus caras, hasta se habían besado ya. Putao y Tienao llevaban siete u ocho años comiendo de la misma cazuela y evacuando en el mismo agujero. ¿Acaso necesitaban todo aquello de cubrirse y levantar el velo? Aun así, a todos les pareció que aquellas gafas oscuras arruinaban el aspecto de cualquier novia, por muy hermosa que fuera.

Putao se encontraba a dos pasos de los hombres cuando se detuvo y, volviéndose hacia Tienao, dijo:

—Venga, ¿a qué esperas para levantarte?

Tienao alzó rápidamente la cabeza y se quedó observando a Putao. Quería ver a quién le hablaba con ese tono tan brusco, ver con quién se permitía la confianza de tratarle con la misma grosería con la que solía dirigirse a él. Enseguida se dio cuenta de que era a él precisamente a quien miraba.

—¡Te estoy hablando a ti, Tienao! —y dando un paso, tiró de este muchacho tres años mayor que ella.

Tienao se quedó esperando a que uno de los soldados japoneses viniera a soltarle el cable con el que le habían atado los pies. Cada vez que iba con los otros muchachos a jugar al